

CRISTALES DE COLORES
Espacios de reflexión teológica para mujeres creyentes

Los cristales de colores es un libro de cuentos infantiles que cuenta la historia de Toni y Cristina, dos niños muy curiosos que, a través de los cristales de un semáforo que han encontrado en un desguace, descubren historias y mundos en los que vivir aventuras. El libro es un cuento verdaderamente maravilloso, no solo para una lectura con nuestros hijos, sino porque nos recuerda algo sumamente importante: toda realidad es interpretada por el ojo que mira, es decir, cada persona interpreta la realidad desde sus experiencias y sentimientos.

Creo que esta metáfora refleja muy bien la situación de la reflexión teológica actual. Para hacer una reflexión teológicamente “seria”, entendemos comúnmente que hay que dedicar gran parte de nuestro tiempo, al estudio y a la investigación de la Teología. Algunas personas dedican su vida completa a esta labor, dando grandes frutos, obras extensas sobre temas de nuestra fe muy específicos y complejos. Con ello nos ayudan a profundizar en nuestra fe y en nuestras decisiones en el día a día.

Ahora bien, cuando desde nuestra misión “apostólica” de cristianos queremos transmitir esta reflexión teológica aparecen serias dificultades. Entendemos que estas dificultades surgen en dos niveles.

El primero afecta al *cómo* transmitimos el mensaje de Jesús, es decir, afecta al lenguaje teológico. Como ciencia que es, la teología necesita lenguaje específico, técnico y riguroso... y no pocas veces incomprendible para el cristiano de a pie.

El segundo apunta al *lugar de la reflexión*, al *desde quién* viene esa reflexión. Aunque contamos con gran pluralidad de reflexiones teológicas que provienen de todos los rincones del planeta, es cierto que en su mayor parte sigue siendo producida, todavía hoy, por hombres. El vínculo entre autoridad teológica y género masculino sigue siendo muy estrecho. Esto significa, entonces, unos *ojos*, una gama de *colores determinada* en los cristales con los que nos presentan las prioridades, los temas y las imágenes teológicas. Junto a este único color, la gran ebullición en este último siglo del laicado, formado en su mayoría por mujeres, coloca en el primer plano de la vida eclesial la espiritualidad y acción cristianas femeninas. Encontramos por doquier mujeres que sostienen con su presencia la vida parroquial, que acogen y se encargan de las acciones de caridad de las comunidades, que educan a sus hijos cristianamente, que son catequistas... La mujer sostiene gran parte de la vida activa de la Iglesia pero sigue ajena a toda reflexión y autoridad teológica.

Perder esta otra sensibilidad, esta otra forma de ver la realidad, esta gama distinta de colores es una pobreza enorme para la Iglesia. ¿Cómo podemos evitar que la voz de las mujeres se mantenga ignorada en la reflexión teológica? ¿Cómo lograr que no se pierda la experiencia cristiana de la mujer? ¿cómo podríamos recuperar esta experiencia como fuerza revitalizadora de nuestras comunidades ¹?

La primera solución es que estas mujeres, que participan en la vida de la Iglesia comiencen a hacer su propia reflexión teológica. Sin embargo esta solución no está exenta de complicaciones. Por un lado la

¹ una cosa es que la experiencia esté realmente en nuestras comunidades, que actualmente se da en muchas comunidades con un liderazgo claro y otra cosa es que esto se exprese públicamente en la vida de la Iglesia tanto parroquial y eclesial.

realidad cotidiana de las mujeres obstaculiza, ¿qué mujer joven o adulta, con niños, responsabilidades domésticas o de trabajo, o las dos cosas a la vez, puede ponerse a hacer una reflexión teológica "seria"? Por otro, cuando sentimos que los cauces de participación son tan escasos en la estructura eclesial ¿qué caminos pueden encontrar estas teologías para darse a conocer, hacerse públicas y participando en la vida de la comunidad?

Ninguna de nosotras, mujeres laicas inmersas en el mundo podemos dejar a nuestras familias a un lado, o a nuestros trabajos, para dedicarnos sólo a la investigación y reflexión. Sin embargo, muchas estamos deseosas profundizar en la teología, de descubrir que el debate sobre cuestiones que atañen a nuestra fe se abre, se profundiza y nos ofrece múltiples posibilidades para transmitirlo a los demás. Miles de imágenes teológicas surgen desde la experiencia femenina de acogida: Dios presentado como ternura; el encuentro con un Jesús liberador de los roles del patriarcado, que hace a la mujer convertirse en portadora del reino y no de cestos de ropa sucia... la experiencia de vivir en comunidad con otras personas en reciprocidad de amor y transformando el reino, la necesidad de aportar al pensamiento teológico los descubrimientos propios que están ligados a la vida de los últimos, los niños, los marginales, las mujeres... Todas estas experiencias pueden fundamentar un teología distinta y rica en vida cercana al día a día y cercana también al pensamiento teológico más normativo.

Ante estas expectativas ya hay grupos de mujeres que han dado el paso de hacer teología. Mujeres inmersas en sus realidades eclesiales, mujeres trabajadoras, madres de familia, solteras y religiosas, cualquier mujer con esa inquietud teológica, que se han juntado para **pensar, dialogar, contrastar y escribir** teología juntas. Grupos como la Asociación de Teólogas Españolas (ATE), Mujeres y Teología o Collectiu de Dones en l'Eglésia llevan funcionando al menos quince años, haciendo presente en los medios eclesiales y civiles su reflexión. En concreto Mujeres y Teología es una federación de grupos que reúne al menos doce colectivos en distintos puntos del país. Presente desde Galicia hasta Andalucía, las agrupaciones se mantienen comunicadas en red: cada lugar realiza su reflexión teológica que luego se pone en común en encuentros anuales. Estos grupos de mujeres parten de un proceso que ha seguido, en su quehacer teológico, los siguientes pasos:

Primero, ha de existir la necesidad en cada uno de sus miembros de buscar en su interior la respuesta a la pregunta "*¿qué es para mí la Teología y porqué quiero trabajar en ese ámbito?*" El desarrollo de esta respuesta ayuda a las mujeres que quieren formar el grupo a tomar posiciones con respecto a una serie de hechos sociales y eclesiales que viven en su entorno social.

Segundo, al poner en común las inquietudes, preguntas y cuestiones generadas, que nos sacuden como cristianas, comenzamos nuestra andadura como grupo de reflexión teológica. Este grupo deberá ir profundizando cada vez más su reflexión, siempre desde los problemas acuciantes social y eclesialmente acuciantes, que nos interpelan como creyentes.

Tercero, contrastamos nuestra reflexión con lo que han escrito otras mujeres, y con lo que han reflexionado otros grupos eclesiales para abrir y fecundar nuestro crecimiento teológico.

Cuarto, nos animamos a sacar conclusiones, síntesis o ideas nuevas y escribirlas, de tal forma que se puedan dar a conocer esta nueva teología hecha desde los ojos de las mujeres, que pretende enriquecer nuestra vida eclesial.

Quinto, y último, por supuesto lo celebramos porque *“la teología que sólo nace de la reflexión intelectual “sacia” cierta curiosidad, pero suele dejar indiferente. ¿Podemos hablar de teología cuando no invita a la conversión, la alabanza y la misericordia?”*².

Realizando este proceso de reflexión teológica desde el grupo vivo y celebrativo, han salido a lo largo de los años una serie de principios básicos de los que cualquier grupo de mujeres parte para hacer teología:

a) La necesidad de tener en cuenta el contexto en el que se escribe teología. No nos referimos sólo a los términos predominantemente masculinos que utilizamos, sino a aquellos términos que apuntan hacia estructuras de poder-sumisión dentro y fuera de nuestra iglesia y que condicionan nuestros escritos, justificando religiosamente lo injustificable. Esta conciencia de la realidad lleva a la de-construcción de muchos aspectos que anquilosan nuestra vida eclesial porque los consideramos *“naturales”*. Los términos de patriarcado, racismo, clasismo, sexismo, son términos comunes en los métodos teológicos de las mujeres de estos grupos.

b) La necesidad de actualizar nuestra imagen de Dios. Uno de los primeros problemas que encontramos es la utilización exclusiva de metáforas masculinas para la divinidad. La Iglesia utiliza la imagen de Padre para hablar de Dios y esto redundante a favor de ese lenguaje masculino que sostiene una estructura cultural, que hace de la mujer una ciudadana de segunda categoría, imposibilitada para representar a Dios.

La *feminización* de Dios no es un tema indiferente, aporta a la teología profundas intuiciones:

- En primer lugar la idea de la ternura, fidelidad y proximidad de Dios³ a los seres humanos, adjetivos que se han ligado desde los orígenes a la figura de la madre y que suaviza la imagen, tantas veces judicial, del Padre Eterno. No queremos decir con esto que las mujeres seamos más fieles, más tiernas o más próximas, sino que de hecho se nos han asignado esas virtudes.
- En segundo lugar aporta un nuevo impulso a la superación definitiva de la dualidad de cuerpo - alma, que tantos perjuicios ha causado, sobretodo a las mujeres (la negación del sexo, negación de la comida, ese ascetismo brutal del cristianismo que veía en el cuerpo la cárcel del alma). Esta visión femenina de Dios le presenta involucrado con la materia, hermanado con el cosmos⁴.

El problema no es que a Dios se le califique de Padre, sino que se utilice ese nombre para justificar el sistema patriarcal, para reforzar aspectos autoritarios de ese Dios que es tan materno como paterno.

c) Junto al tema de Dios está la Cristología. La masculinidad de Jesús también puede presentar problemas. La pregunta de la cristología feminista es *¿puede un salvador masculino salvar a las mujeres?* En la Palestina de Jesús, hubiera sido impensable una mujer que viajara sola, que predicase o que hiciera la mayoría de las

² VV.AA. Recordamos juntas el futuro Ed. Claret 1995 pp. 12

³ esta idea no es original nuestra, estamos recuperando aquí esa parte *entrañable* de Dios que abunda en los escritos de los Profetas del AT (Oseas, Elías, Isaías...) y que recoge en su predicación y en sus actitudes con los otros Jesús.

⁴ Isabel Gómez Acebo y Grupo de Mujeres Arnasatu, País Vasco

acciones del Mesías, reservadas al mundo del varón. En esas circunstancias culturales, la encarnación bajo el cuerpo de varón es lógica. La masculinidad de Jesús, entonces, no es esencial para la creencia en la acción salvadora de Dios.

Jesucristo rompió esquemas. Podemos observar en él una parte femenina muy desarrollada, reflejada en muchos aspectos de su vida:

- En sus acciones sanadoras, vinculadas a ese rol de cuidado y misericordia de los más débiles que siempre ha sido otorgado a las mujeres.
- En sus parábolas, donde recoge gran cantidad de escenas del ámbito doméstico, como la mujer que barre y encuentra una moneda (Lc 15, 8-10), la mujer que echa levadura en el pan (Mt 13, 33), las diez doncellas que esperan a sus maridos... Por otro lado las actitudes de los personajes de estos relatos destacan por su misericordia, su perdón y su cuidado hacia el resto, especialmente el débil.
- En su actitud, que es tremendamente cercana y acogedora, Jesús muestra una faceta entendida como femenina dentro del contexto patriarcal, especialmente al cuidar las relaciones con las personas, sean quiénes sean: Jesús llora ("se le conmueven las entrañas..." Jn 11, 33), acoge a los niños (aquellos que estaban restringidos al *gineceo*⁵), llama a Dios *Abba*, término vinculado al bebé, y que nos acerca a la teología tan femenina de Oseas (*yo te crié en mis pechos... Os 11, 1-8*)

Por otro lado, la estructura que le condena es eminentemente patriarcal. Jesús huye de ese modelo y con su vida, muerte y resurrección, denuncia esa forma de sociedad. Toda la vida pública de Jesús es una continua denuncia contra los poderes establecidos, tanto romanos y civiles, mecanismos que sostienen las estructuras sociales de la época, los grandes abismos entre ricos y campesinado, las diferencias entre libres y esclavos, y también entre mujeres y hombres. La expulsión de los mercaderes del templo (Mc 11, 11; Mt 21, 12-17) es un claro signo del repudio a las normas religiosas saduceas que justifican los sistemas de sumisión de los débiles, sacralizando la opresión⁶.

d) Con respecto a la Iglesia, nuestra prioridad no es, como la mayoría de la gente piensa, el acceso al ministerio ordenado, sino abogar por una Iglesia en la que los laicos puedan tener participación, más cercana a los planteamientos de nuestro siglo, que devuelva al estado laical su condición de sujeto. Buscamos una iglesia más creativa, capaz de integrar enfoques diversos, valorarlos y contrastarlos. Creemos que los signos de los tiempos hacen que las mujeres podamos ser aceptadas al ministerio sacerdotal, pero en el marco de una iglesia transformada.

e) En lo referente a la Ética, queremos destacar que la noción de pecado en clave de orgullo y de afirmación de sí apunta más directamente al núcleo del concepto de pecado. Todo lo que rompe la urdimbre del cosmos, todo lo que rompe aquello que creó Dios, cuando vio que era bueno, eso es pecado. Todo lo que va contra el hermanamiento y la concordia, es pecado. Todo lo que somete injustamente a las personas, es pecado. El sistema Patriarcal, que es un engranaje de sometimiento continuo, genera pecado en los corazones y en las estructuras sociales. Esta es la reivindicación: cabe la posibilidad de construir otro tipo de sociedad donde la construcción social de los géneros no desplace a la mujer y al niño/a a segundo plano. Es posible el modelo social llamado de *Reciprocidad Equivalente*, que implica un cambio social

⁵ Lugar de los niños, que cuidan las mujeres

⁶ E. Schüssler Fiorenza, *Cristología Feminista crítica*, Madrid 2000, Trota pp.146, 152

reivindicando la igualdad, la autonomía, la equipotencia... y denunciando desde la ética las desigualdades (raza, sexo, clase social) y las discriminaciones (afán de poder, afán de placer, afán de tener)⁷.

e) En cuanto a la espiritualidad, en la medida que va habiendo más mujeres que toman la palabra, empieza a hacerse más presente la espiritualidad femenina. Esta espiritualidad trata de acercar a Dios y hacerlo más humano. Supone descubrir el cuerpo femenino como lugar de encuentro con Dios y no sólo el cuerpo del varón. Un cuerpo que se altera y se expande con la maternidad, en un movimiento de entrega oblativa. Un cuerpo que se vacía en la lactancia. Un cuerpo que se empequeñece en el invierno de la menopausia...

En conclusión, lo que quiero decir es que la voz de las mujeres es una parte fundamental en nuestro crecimiento de Iglesia universal, porque aporta una visión nueva que enriquece la vida. No estamos abogando por una visión unilateral de la teología sino por la complementariedad de distintas realidades para la construcción del Reino. Pedimos, ante las críticas, tiempo para que las ideas que han ido surgiendo en 40 años de hacer teología tengan la oportunidad de ser repensadas y asentadas. Desde aquí invitamos a aquellas mujeres y aquellos hombres que sientan esta inquietud teológica, a que profundicen en ella, reflexionando y celebrándolo en grupo. Desde *Mujeres y Teología* creemos en la implicación teológica de los laicos y laicas para la transformación de la sociedad y para la puesta en marcha del proyecto de Jesús. Para ello es necesaria la visión de todos, hombres y mujeres, intentando evitar que los colores de nuestros cristales eclipsen la realidad del otro. Dios Padre y Madre se viste de arcoiris.

Silvia Martínez Cano

Mujeres y Teología

www.mujeresyteologia.com

⁷ Vidal, Marciano "Feminismo y ética. Cómo feminizar la moral" Madrid 2000, PPC, pp. 82-85